—¡Oh, Señora mía! ¿por qué me dejo yo así un pedazo de corazón en aquel bosque?

Encaminóse hacia su aldea.

gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las feridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes."

Esto digo yo también, dijo el cura, y á fe que no se pasa el día de mañana sin que dellos no se haga auto público y sean condenados al fuego, porque no den ocasión á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: "Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marqués de Mantua que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Anquera."

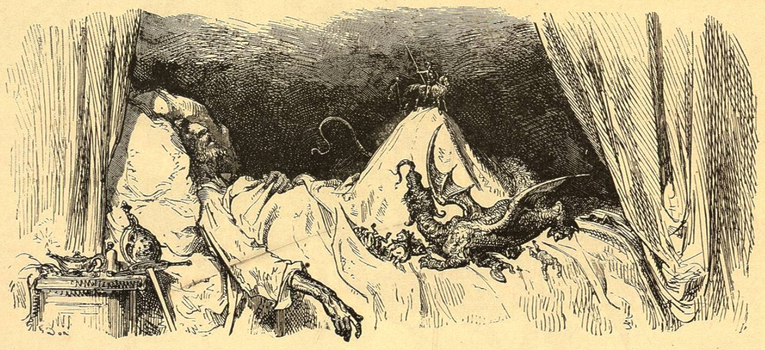
A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se había apeado del jumento porque no podía, corrieron á abrazarle. El dijo: "Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuera posible á la sabia Urganda que cure y cate mis feridas."

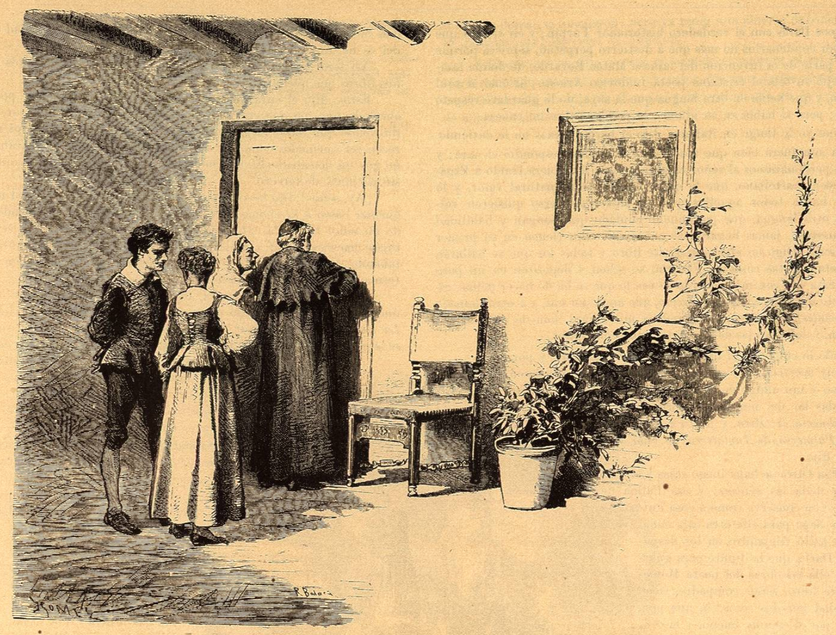
Mira enhoramala, dijo á este punto el ama, si me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento, estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced.

Lleváronle luego á la cama y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes de que llegue la noche.

Hiciéronle á don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que había hallado á don Quijote. El se lo contó todo con los disparates que al hallarle y traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de don Quijote.





CAPÍTULO SEXTO.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual aun todavía dormía. Pidió las llaves á la sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: "Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo."

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*; y dijo el cura: "Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego."

No señor, dijo el barbero, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar.

Así es verdad, dijo el cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

Ea, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

Adelante, dijo el cura.

Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo son del mismo linaje de Amadís.

Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina.

Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

¿Quién es ese tonel? dijo el cura.

Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*.

El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de Flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: sólo sé decir, que éste irá al corral por disparatado y arrogante.

Este que sigue es *Florismarte de Hircania*; dijo el barbero.

¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo; al corral con él y con esotro, señora ama.

Que me place, señor mío, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

Este es *El caballero Platir*, dijo el barbero.

Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica, y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de caballerías*.

Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco,